

## BOLIVAR HACIA EL TERCER SIGLO\*

Por J. L. SALCEDO-BASTARDO

Dentro de algunos instantes comienza para Simón Bolívar el tercer siglo. Desde el epicentro del suceso natal, compartimos jubilosos con el mundo la celebración que nos hermana en una sola aspiración de libertad, de justicia y de paz.

Nuestra colosal Latinoamérica ilumina la esperanza de los pueblos con el prodigio de un varón sustantivo que, por derecho propio, ocupa sitio entre los muy pocos que no pueden ser omitidos de la memoria del universo, pues la historia sin ellos sería otra. Bolívar pertenece a la augusta y selecta jerarquía de los que han *hecho*. El *bizo*. El marcó el acontecer de América con el trazo candente e indeleble de su vida.

Ya tenemos perspectiva para una más exacta comprensión. En las dos centurias transcurridas a partir de aquella noche —auroral como ésta— en 1783 advertiríamos cuatro trechos simétricos:

El primero se llena de su vivir terreno. En una época de hondos cambios. Formación, definición y lucha agónica. El hombre real documentó en el caleidoscopio de sus alternas vivencias, el estallante vértigo de su autenticidad. En péndulo y zigzag, de un extremo a otro, vivió luces y sombras, fantasías, golpes, alucinaciones, despertares. Se llamó diamante, pobre diablo, talismán, solitario capitán impotente, alfarero de repúblicas, hombre de las dificultades, avisgado caribe, arquitecto de castillos en el aire, débil paja, hombre diáfano, simple majadero, Cristo, Quijote, Sísifo, Nerón, Laocoonte genio de la tempestad, para en definitiva conformarse con el dictado escueto y magno de *buen ciudadano*.

El término de su existencia física, lo lanza al debate de un país devorado por el caudillaje contrarrevolucionario que, persiguiéndolo a destierro y negándolo, va, no obstante, en el paulatino proceso esclarecedor, hacia la ruidosa apoteosis guzmancista del primer siglo. De entonces —como siempre por sobre la superficial tarándula— permanecen los hitos que son las inmortales producciones bibliográficas de O'Leary y de Blanco y Azpúrua, ahora reimpresas.

Luego, en el declive de su Venezuela envilecida, y de un continente desunido y al garete, los siguientes 50 años, hasta el centenario en 1930, se malgastan en

---

\* En el Teatro Teresa Carreño, el 24 de julio de 1983.

la distorsión cesarista, ensañamiento del escarnio, que lo ofende convirtiéndolo en Europa y peor a este lado del Atlántico en heraldo y vanguardia del oprobio tiránico.

Por último, al fin de los cinco decenios contemporáneos que hoy se coronan, hemos alcanzado acá en difícil sucesión de experiencias la meta promisoría de la democracia estable, ésta, sí, empeño primordial del adalid que nos congrega. Y es tanto más relevante la circunstancia por encontrarse entera hoy su escena geopolítica regida por gobiernos legítimos, consolidados y en vías de perfección. La coyuntura es así propicia a los planteamientos y las búsquedas, hacia el nivel necesario para la captación universalista de un héroe que sentimos vivo, que queremos vivo, que necesitamos vivo al frente de la recuperación continental, y con una tarea jamás tan oportuna y transida de dramatismo como son los desafíos de nuestra mera supervivencia, y de la unidad esencial, expansiva hasta abarcar más allá de esta América Latina —triple: hispanoamericana, brasileña y del Caribe—, la validez plena del tercer mundo y su afirmación en la expectativa del nuevo equilibrio del universo.

Venezuela inició hace siete años, a conciencia de nación adulta y en ejercicio de su segura estabilidad democrática el camino de este bicentenario. A sabiendas, implicábanse dentro del programa, en demostración de continuo esfuerzo, tres períodos constitucionales. Con simultaneidad a los preparativos de este suceso, cumpliáse el homenaje —deber y fruto del desarrollo—: de anticipar la nacionalización de la industria del petróleo que ahora en 1983 se iba a producir al vencerse las concesiones de hidrocarburos de cuarenta años atrás.

Satisface ver que, pese a la manquedad de proyectos aún incompletos —pero los más de ellos, como la realización de los Escritos del Libertador y el arranque de la Bibliografía Bolivariana, advertidos y posibles para un futuro próximo que no ha de rendirse a la prisa, pues el bicentenario debe ser pretexto para animar y empujar acciones de fondo, a largo plazo y permanentes—, se han echado las bases para una justicia obligante y una certera recuperación histórica. Se ha plantado a Bolívar en universidades de remotos países, en la cercanía de la juventud y del mañana; ligándosele al estudio y al deporte. Lo han recibido parlamentos de pueblos, casas libres de la democracia sin fronteras; y se le ha escuchado en prácticamente todos los foros internacionales. Se le exalta en los institutos matrices del honor militar. Y se le brinda a la atención de los espíritus, en sus propios textos en buena parte de las lenguas, por las cuales su mensaje se divulga y su lección se recibe. Una Fundación, bautizada igual que el evento del doble siglo, trabaja con pulcra fecundidad. Por su nombre se apoyan campañas como la exitosa Libertadora de Alfabetización. Con la prestancia de su ejemplar conducta participan en el acontecimiento las leales Fuerzas Armadas, así como el venerable episcopado; todos los poderes del Estado y las múltiples partes de la Administración Pública. Realízanse concursos, coloquios, exposiciones, competencias. Congresos —como el del Pensamiento Político Latinoamericano, el de la Historia, los de la UNESCO. . .—. Todos los gremios profesionales y las Academias Nacionales han puesto bajo su égida las más resaltantes de sus reuniones este año. La música mundial se motiva en producciones admirables —CORPOZULIA es puntera al respecto

de soberbias iniciativas—. La efigie inspiradora de Bolívar en retratos, libros, afiches, medallas, estatuas y monumentos, circula —además— en la filatelia, y por los eficientes medios de comunicación social, popularizándose en distantes y diferentes puntos de la tierra. CORPOANDES en la plástica auspicia valiosa indagación. El Archivo del Libertador se incrementa sustancialmente por correcta y audaz disposición ejecutiva. En su homenaje se conciben y emprenden importantes obras públicas. Su título —simpatía y pasión constructivas—, su vida y obra, tema y asunto son para la inteligencia y la emoción. Todo él es ya bandera común de nobles voluntades, timbre puro de honor y justicia.

Este bicentenario se significa con la primera cita colectiva en los anales de Caracas, de sus Excelencias los señores presidentes de los países bolivarianos. Con el verbo del Padre Libertador, en la limpidez de sus conceptos los saluda y acoge nuestra patria, efusiva y cordial. *Colombia*: “La victoria, marchando siempre delante de nuestras banderas nos ha sido fiel en vuestro país, y dos veces vuestra capital nos ha visto triunfantes... Yo no he venido, ni en busca del poder, ni de la gloria. Mi ambición no ha sido, sino la de libertaros y restituiros al goce de vuestros derechos”. *Ecuador*: “Marcharé a romper las cadenas de los hijos del Ecuador... Espero que me autoricéis para unir con los vínculos de la beneficencia a los pueblos que la naturaleza y el cielo nos han dado por hermanos... Quiteños! he visto vuestra magnánima consagración... A pesar de vuestro antiguo y acendrado patriotismo mi corazón se ha pasmado al contemplar tanto desprendimiento”. El *Perú*: “es original en los fastos de los hombres... Ayacucho es la cumbre de la gloria americana... Siento al partir cuánto os amo, porque no puedo desprenderme de vosotros sin tiernas emociones de dolor. Peruanos: Tenéis mil derechos a mi corazón: os lo dejo para siempre. Vuestros bienes y vuestros males serán los míos: una nuestra suerte”. *Bolivia*: “Un amor desenfrenado de Libertad... Dar mi nombre a todas vuestras generaciones es inaudito en la historia de los siglos... Aun cuando yo no hubiese recibido, ni recibiese otra demostración pública, ésta basta para llenar mi alma y mi corazón... Yo me intereso por este país por gratitud y por orgullo, y por consiguiente me esforzaré siempre en favorecerlo...”. *Panamá*: “No me es posible expresar el sentimiento de gozo y admiración que he experimentado al saber que Panamá, el centro del Universo, es regenerada por sí misma, y libre por su propia virtud. La Acta de Independencia de Panamá es el monumento más glorioso que puede ofrecer a la historia ninguna provincia americana”.

Para sincera complacencia cumbre, España prestigia este acontecimiento jubilar. En el paso de las épocas se reencuentra la madre ibérica con el Libertador. En la inauguración del Premio Internacional Simón Bolívar, responsabilidad brillante de la UNESCO —tan atinada y afanosa en su logro de haber puesto a dialogar las naciones tras el cataclismo iracundo de la última conflagración mundial— aquí representada por su ilustre Director General señor Amadou Mahtar M’Bow, se patentiza cómo la conciencia actual del mundo que, superando a la adversidad, se goza al fundar amor y paz en gracia y honra de la familia humana. En el mismo ideal saludamos a un descollante latinoamericano, el Excmo. Sr. Dr. Javier Pérez de Cuéllar, Secretario General de la ONU. El galardón se otorga ex-aequo a un Rey demócrata y a un humilde luchador irreductible. En ambos prototipos se reco-

noce especialmente Latinoamérica, “nación de repúblicas”, donde la España —a la que se premia premiando al Rey que con inteligencia y devoción orienta el paso a la irreprochable libertad— es tan determinante elemento de su ser, y junto al Africa —doblemente injertada en nuestra esencia— la que da esa flor de magnanimidad y gallardía que es Petión, y se recrea al infinito en los pedrocamejos impactantes de la epopeya, configura la raíz del mestizaje que nos depara el orgullo de ser lo que somos, sumando los pueblos del Asia, Europa y Oceanía, para la síntesis cósmica que Bolívar expresa en su metáfora triunfal: “Nosotros somos un pequeño género humano”.

Los sufrimientos de Nelson Mandela, valeroso frente a la infamia del “apartheid”, en su encadenada Azania, evocan el martirio de Bolívar recio y tenaz contra la incompreensión egoísta y la obstinación de las fuerzas confabuladas que él hubo de vencer ayer. Mandela no puede venir hasta nosotros, a la escena rutilante de este palacio de las artes, pero a su celda lóbrega llega Bolívar, vibrante aliento en el evangelio de su poderosa resonancia: “El pueblo que combate, al fin triunfa... Dios concede la victoria a la constancia”.

Respecto de la España que encarna en esta conmemoración S. M. don Juan Carlos I, patria madre que emerge lozana para el menester de su porvenir, cerrado el paréntesis menguado de la guerra incivil y el despotismo, cuaja el anhelo bolivariano que “se congratula de ver rayar el día en que la libertad extienda su mano de bendición sobre esa desgraciada tierra, y de ver a su misma antigua metrópoli seguirla en la senda de la razón”. Reiteradamente el Libertador dejó explícitos testimonios de la “reconciliación” —ese era su vocablo que esta noche, a la distancia de los tiempos, cobra inmenso impulso en la aproximación de las historias y en la unión afectiva y efectiva de los pueblos—. “Es muy conforme a nuestros comunes sentimientos —decía él— que nos preparemos a recibir el bien inapreciable de la paz, deponiendo el aparato hostil, y mirándonos desde ahora como amigos eternos”. Cimentando hoy, bajo la inspiración egregia de Bolívar nuestra prometedora convergencia, se hace cuerpo y razón el voto clarividente suyo: “Sólo la libertad puede unir en el mundo moderno a España y América”.

Dentro de la genuina proyección del reencuentro de América Latina con su historia, consecuencia del Bicentenario bolivariano, se ubican las investigaciones emprendidas y estimuladas para alumbrar destinos. Tales son la incorporación definitiva del Caribe no como archipiélago aparte, sino como bastión de una América Latina integral. La aproximación al fraterno Brasil por vía de la justicia demorada al insigne José Ignacio de Abreu y Lima. La certidumbre de nuestros nexos con los hermanos del Sur, que a la luz de la experiencia desengañadora de Las Malvinas adquieren vital profundidad en el llamado de Bolívar al ínclito San Martín: “Ahora más que nunca es indispensable... estrecharnos y garantizarnos mutuamente para arrostrar los nuevos enemigos y los nuevos medios que pueden emplear”. También la pesquisa “Bolívar y Europa” que entre tantos hallazgos rescata de España al notable Marqués de Ustáriz fundamental en la formación de Bolívar y quien por las vicisitudes de nuestros antagonismos historiográficos no ha sido visto en su espléndida trascendencia. El Libertador difundido por la UNESCO al mundo de las seis grandes lenguas. Bolívar en el Africa

y el Asia, en las Américas, Estados Unidos, Canadá y Europa, en Australia y Nueva Zelanda.

En la solemnidad de esta cita, ratificamos una convicción. Por seguidores de Bolívar somos latinoamericanos integrales y actualizados, abiertos al mundo. Por Bolívar creemos en la amistad y en la solidaridad que liga a las naciones. Creemos en la fraternidad. En la paz. Pensamos que la historia nos sostiene en el cumplimiento de los deberes del presente y es garantía fiel de un superior futuro. Procuramos orientarnos en la enseñanza de Bolívar para levantar la fuerza múltiple y común de los pueblos sobre los principios del recto entendimiento, y así materializar un frente único —invencible por su imponente cohesión— para oponerlo al torvo empeño, disgregador y corruptor, de imperialismos que buscan aniquilarnos con la insidia de enconos artificiales y por la ruta infeliz de rencillas, desconfianzas y pugnas que nos debilitan al separarnos.

Cuando nuestro hemisferio atraviesa momentos de extrema y grave peligrosidad, invocamos a Simón Bolívar como guía en la crisis que amenaza envolvernos a todos. El se ilusionó con una Centroamérica de óptimo perfil, a cuyas porciones preveía formando “quizá una asociación. Esta magnífica posición entre los grandes mares —escribía en 1815—, podrá ser con el tiempo el emporio del universo, sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia, traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio!”.

Buena para la enmienda y rectificaciones consecuentes debe ser la celebración de Bolívar. El lema debe ser: Vida y acciones antes que palabras y gimnasias oratorias. Hablar menos y hacer más. En su moderación de estadista ejemplar busquemos el punto ecuánime que niega así el escepticismo, como el conformismo y la candidez, porfiado tras la verdad objetiva sin exageraciones tremendistas.

El homenaje de nuestra sobriedad en las palabras, de la persistencia enérgica en pos de los máximos valores, y de la paz en Centroamérica, ha de componer hoy la ofrenda más grata a su memoria. Hoy como ayer, cuando abrazó entusiasta a sus adversarios, el monumento de la reconciliación que él imaginaba “tallado sobre una mole de diamantes y esmaltado de jacintos y rubíes”, será siempre poca cosa ante el que podemos y debemos construir en nuestros corazones.

Justo en el alba de una nueva centuria, compartiendo su severidad moral, su credo de entrega generosa y sus desvelos que fueron sacrificios por la hermandad creadora, honramos al paladín vivo y universal, presente, presente, presente a la faz del mundo, respecto de quien —poniendo a Choquehuanca en positivo— sentimos crecer su gloria como crece la luz cuando se eleva el sol.